

Televisión, cultura política y cambio epistémico

Alicia A. Poloniato*

MEDIANTE UN acercamiento inicial a la cobertura televisiva del asesinato del popular animador de televisión Francisco (Paco) Stanley —durante los días 7 y 8 de junio de 1999— y sus repercusiones inmediatas, pretendo poner de relieve un fenómeno de orden más general que concierne a los lazos entre la cultura de lo visible o, desde otro punto de vista, cultura de la información, con sus cambios de *episteme*¹ y las transformaciones que aparenta sufrir la cultura política.

A nadie escapa que la invasión de pantallas en la vida cotidiana, desde las del televisor en los diferentes empleos para los que se adapta, hasta las de los sistemas en red por ordenador, está produciendo cambios significativos en las formas de vida como de pensamiento y de acción. Con la denominación de *nuevas tecnologías de la información y la comunicación* (NTIC), o también la de *nuevas tecnologías de la imagen* (NTI) se reúne genéricamente la parafernalia de diversos sistemas electrónicos y digitales de producción, intercambio, almacenamiento y transmisión a distancia de informaciones; aquellas se hacen cargo de un nuevo tipo de discursividad sensorial (predominantemente visual y, en menor grado auditivo) y por tanto de Saber. La expansión de su empleo y la centralidad que adquieren en diversos órdenes, son justificativos para referirse a la emergencia de un

* Profesora-investigadora, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

¹ El sentido asumido en este texto respecto del concepto de *episteme* corresponde aproximadamente al que definiera Michel Foucault en su obra *Les mots et les choses* (1966). Desde este punto de vista, puede entenderse como la estructura inconsciente que circunscribe el saber y el conocer y que determina las maneras cómo los objetos son percibidos, clasificados y definidos. Dicho de otra modo, la *episteme* es más bien “el lugar” donde el hombre queda instalado y desde el cual conoce y actúa.

fenómeno de pantallización cultural, que trae aparejado el establecimiento de nuevos tipos de relaciones. Así es como se perciben cambios en la relación misma entre las personas, con las informaciones, en el empleo, en el uso de servicios, como, por fin, en la facilidad de acceso a un extensísimo y variado universo de entretenimiento.

Por un lado, esas transformaciones parecen conducir a una suerte de *privatización* de los ámbitos y quehaceres en los que se desenvuelve la vida social que, si bien en muchos sentidos es positivo, al apuntar tal vez a nuevas construcciones de la identidad, quizá no lo sea tanto cuando concierne a lo esencial del quehacer político, es decir, al interés por y la participación en la red pública. Por otro, un *cambio epistémico* aún un tanto indeterminado subyace en el pasaje de una *cultura del logo* a una *cultura de lo visual*, es decir, del *homo sapiens* al *homo videns*, como señala G. Sartori (1998). Estas dos fuerzas transformatorias, una de orden antropológico y la otra de orden epistémico, son las que concentran, a nuestro juicio, lo que más substantivamente podría atentar contra la autonomía del pensamiento en la acción y reflexión política.

Uno de los ideales de una cultura política democrática se afirmarí en el papel desempeñado por la formación de opinión pública cuando, al ser resultado de la confrontación e intercambio de ideas, de informaciones, de puntos de vista diferentes, construye consensos y respeta los disensos, lo que equivale a decir que es autónoma. Sin embargo, en la espesa red de la emergente cultura de lo visible, cuya extensión y democratización más conspicua está representada por la televisión, parece ocurrir lo contrario: uniformización de ideas, pareceres, juicios y heteronomía, como imposición desde fuera, desde un poder, otro, con frecuencia invisible e intangible en cuanto tal: la pantalla.

Puede arguirse y con razón que la acción de la TV en la formación de opiniones políticas u otras está limitada por muchos otros parámetros de la vida social. Otorgarle, por tanto, un poder omnímodo equivaldría a agitar de nueva cuenta ya sea el paradigma de la manipulación y dominación ejercida sobre las audiencias, o bien el de los efectos, puesto que ambos conciben la recepción como acto pasivo. Sin embargo, como ya dijera hacia 1976, los investigadores sociales ingleses Baggaley y Duck (1982) —quienes, entre otros, fueron muy consecuentes en discutir esos paradigmas—, para que ese poder efectivamente ocurriera tendría que

darse el caso, para ellos 'hipotético', de fungir como la única fuente y canal de información y de opinión, puesto que "el individuo queda privado de otros criterios para valorar su contenido" (Baggaley y Duck, 1982: 10). Sin embargo, desde entonces a la fecha, cabe destacar, por un lado, que la mayor parte de la información y el entretenimiento consumidos en el mundo circula por la televisión y, además, que sus parámetros de producción, organización y distribución discursiva se han generalizado y uniformizado en las diferentes latitudes siguiendo el modelo estadounidense.

A este respecto también se puede abundar con el ya muy conocido fenómeno de la drástica disminución de títulos y tirajes de la prensa escrita, en correlación desde luego con la disminución del número de lectores. Asimismo, una cuestión que acompaña al fenómeno de pérdida cada vez mayor de fuentes alternas de información lo constituye la conformación de monopolios informativos globales que reúnen diferentes medios, como es el caso de Inglaterra misma, para no señalar sino un caso. Y, por fin, el cambio en la manera de hacer y entender el periodismo escrito, donde las *nuevas tecnologías de la información y la comunicación* (NTIC) imponen una estética y una episteme diferentes.

Si bien es un fenómeno reconocido el que la recepción televisiva está lejos de ser acto puntual y asunto de mera descodificación —pues se trata de un proceso en cuya constitución median otras instancias e instituciones; también lo es el hecho de que la mediación videotecnológica —no sólo por lo que concierne a contenidos— se sobre impone a su vez a lecturas e interpretaciones de otras fuentes y medios. Nadie puede negar la fuerte atracción compulsiva de las imágenes televisivas, derivadas de su compleja componente tecnológica que ha modificado no sólo formas tradicionales de transmisión sino con ello los hábitos de recepción de mensajes cualesquiera que fueren.

Las innovaciones sucesivas en tecnología electrónica, y más recientemente la incorporación de sistemas digitales aplicados a la TV, hicieron posible multiplicar *efectos de real*. Hacer visible lo distante en su inmediatez, entrar en el tiempo de lo visual como una manera de interactuar con la imagen, o mejor aún, de "estar en ella", configuran significativos cambios culturales, donde la visibilidad termina por ser factor casi indiscutible de acreditación de lo real (Debray, 1994). Si sobre tal base se consideran las

estrategias enunciativas de *simulación de contacto* con el telespectador y ese tono coloquial, “popular”, privado que Martín Barbero (1987) ha denominado *retórica de lo directo*, la TV asume las relaciones cortas y familiares de la vida cotidiana por lo cual gana en credibilidad.

Un híbrido discursivo de la televisión ha reunido tanto las posibilidades abiertas por las innovaciones tecnológicas como las estrategias enunciativas de interpelación de los telespectadores y de coloquialidad: el llamado *talk show* o *reality show*. Espectacularización visual y ficcionalización se dan la mano para otorgar un espacio particular a la emoción de las experiencias “en vivo y en directo”: la plática con el telespectador acentuada al “traer” a la pantalla a sus representantes; las cámaras que van al lugar de los hechos o que transforman el estudio en un espacio cotidiano, son mecanismos que no sólo intensifican los efectos reales sino conducen a “*hacer creer verdad*” (entre otros, Poloniato, 1997; Charaudeau y Ghiglione, 1997). Síntesis de infoentretenimiento, disfrazado o no de otra cosa, el estilo *talk show* ha absorbido a la mayor parte de los géneros informativos.

Estas referencias son de importancia en este trabajo por dos razones interconectadas. En primer lugar, las coberturas del asesinato de Paco Stanley de las empresas Televisa y Televisión Azteca, se conformaron como un gran *talk show/reality show*, con todos los ingredientes visuales, irracionalmente emotivos y parlanchines que suelen caracterizarlos. En segundo lugar, Francisco Stanley era un popular *showman* del *talk show*, disfrazado de programa entre informativo y cómico. Hasta su deceso formaba parte de Televisión Azteca conduciendo en el Canal 7 el programa matutino *Una tras otra*, aunque con anterioridad, él mismo y “su patíño”, Rodríguez Bezares, habían permanecido durante años en Televisa, en el Canal 2 con *Pácatelas*, presentado a la hora de la comida. Sin duda, en ambas empresas sus programas gozaron de gran popularidad y amplia audiencia.

Sin embargo, antes de pasar a dar cuenta de la cobertura del suceso y de la producción de sentidos a que dio lugar, como para considerarla caso ejemplar e ilustrativo de la fragilidad de la formación de opinión pública en los tiempos que corren, creemos pertinente detenernos brevemente en la relación entre medios informativos y poder político en México. En ese tradicional maridaje con sus escasos puntos de ruptura es donde la “nueva” televisión y el acceso “pleno” a la modernidad parece encontrar su anclaje.

Medios, información y poder político en México

Los casi setenta años de ejercicio monopólico del poder político en México por el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y sus prácticas consecuentes de alianzas con diversos sectores de la sociedad, dejaron su impronta absolutista en el quehacer informativo y de opinión de los medios. Quizá esté de más decir que este fenómeno alcanzó aún en el pasado reciente una unanimidad tal que ni siquiera la prensa escrita podía considerarse ajena a los intereses de salvaguarda del poder político vigente.

Como reiteradamente han señalado destacados periodistas e intelectuales del país, el vínculo del poder político con la prensa se sustentó principalmente en apoyo económico concreto a las empresas, como en diferentes formas de gratificación a los trabajadores mediante las cuales ciertas fuentes gubernamentales aseguraban tratamientos convenientes. Sin excluir, dicho sea de paso, otras formas de presión ¿Cómo explicarse de otro modo la supervivencia de un gran número de títulos de periódicos con tirajes reales insignificantes en un país con una gran mayoría analfabeta o analfabeta funcional? Entre otras consecuencias, esta dependencia impidió o frenó el desarrollo de una prensa de investigación tanto noticioso como interpretativa y no formó lectores (Benavides Ledesma y Quintero Herrera, 1997: caps. 1 y 2). Las excepciones como la revista *Proceso* y los periódicos *Uno más Uno* (durante un corto periodo) y *La Jornada*, confirman la regla.

Radiofonía y televisión también se constituyeron en voceros complacientes del aparato gubernamental y del partido del que emana. Baste recordar las varias décadas al frente de los noticiarios televisivos de Jacobo Zabludovsky, decano y maestro de varias generaciones en el género de la industria respectiva (R. M. Aponte, 1995).

La última década ha sido testigo, sin embargo, del surgimiento y/o la afirmación de fuerzas políticas de oposición, representadas principalmente por el tradicional Partido Acción Nacional (PAN) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD) de reciente creación. Asimismo el panorama político se ha visto convulsionado por la insoslayable presencia combativa del mundo indígena con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), al que se suma una miriada de movimientos sociales que pretenden hacer oír su voz.

Conviene recordar que desde fecha reciente las dos oposiciones principales forman la mayoría de la cámara baja; desde principios de la década, el panismo gobierna varios estados de la República y, por fin, hecho por demás significativo, el primer gobierno del Distrito Federal, surgido del voto y no por designación del Ejecutivo, quedó en manos del PRD y de su líder natural, Cuauhtémoc Cárdenas.

Estos cambios en el panorama político trajeron desde luego también algunos cambios en los medios electrónicos e impresos: aunque no muy equilibrada en cantidad y presencia aparecen diferentes campañas de propaganda política; por primera vez en la historia de los primeros tiene lugar un Debate de los candidatos a la Presidencia en 1994 (Poloniato, 1995). Sin embargo, los géneros informativos en la mayoría de los medios no estuvieron ni están a la altura de las circunstancias.

Salvo excepciones esporádicas, la Televisión mexicana representada en especial por los dos oligopolios en competencia a partir de 1994 —la tradicional Televisa y el reciente consorcio Televisión Azteca— exhibe, atravesando en mayor o menor proporción los géneros informativos e interpretativos, su alineación ideológica no sólo respecto de la corriente principal del PRI y del aparato de gobierno sino también la derivada de las políticas económicas neoliberales en su versión nacional. De ahí quizá que el PAN no acumule tantos puntos en contra, y que éstos se concentren de preferencia en movimientos sociales diversos y en los desempeños del PRD.

No es un misterio para nadie que ambas empresas televisivas han demostrado una consecuente línea de oposición y desprestigio en torno al Gobierno de la Ciudad de México, liderado por Cuauhtémoc Cárdenas, desde que éste se hiciera cargo de su gestión dada la mayoría del voto popular. Consecuente ha sido, asimismo, tratamiento semejante en relación con movimientos sociales que reflejen pautas de salirse de las normas establecidas: entre otros, y desde hace varios años, el que concierne al EZLN y sus demandas; una reciente y contemporánea, el de los estudiantes en huelga en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y su Consejo General de Huelga (CGH). Asimismo, es casi constante la apreciación negativa respecto de acciones, declaraciones y reclamos de organismos no gubernamentales, entre los que destacan los dedicados a defender Derechos Humanos. En cambio, reducciones presupuestales alarmantes, el asunto del FOBAPROA, entre otros, recibieron

coberturas breves, positivas y desde luego también unilaterales. Salvo escasas y honrosas excepciones, pues la tónica general impuesta a los contenidos de los telediarios se ha distinguido por la desinformación, la tergiversación, la ausencia de confrontación de opiniones de las diferentes partes involucradas; y, desde otro punto de vista, sensacionalismo y derroche visual.

Una sencilla revisión de los tirajes de periódicos nacionales y de las revistas políticas indica que no sólo las clases populares sino las clases medias educadas hacen un uso desdeñable y marginal de los medios impresos, por tanto, como antes decíamos, el público mayoritariamente se informa por televisión y radio. Además, aunque lo hiciera un número mayor, aún hoy son pocos los periódicos que asumen posiciones que puedan señalarse como equilibradas y/o ajenas a intereses creados desde el centro del poder político.

Con las estaciones radiofónicas, aunque el panorama es diferente en relación con el volumen de usuarios, no se corre mejor suerte. En general, pues, poco hay para el ciudadano medio mexicano —o bien poco usa— para confrontar y oponer; lo que aparece en la mayoría de los otros medios así como en buena parte de diversas instituciones sociales, más parece destinado a reforzar puntos de vista que ayudar a conformar con diferentes criterios de valoración la opinión pública. Y dicho sea de paso, pero no por ello menos importante hay que destacar —aquí como en el resto del mundo— el carácter subsidiario y de manifiesta ‘contaminación’ televisiva que la mayoría de los restantes medios manifiesta en aspectos que no están relacionados únicamente con los “contenidos”.

Descripción de la cobertura del suceso

Tomaré sólo algunos datos de relevancia² de la cobertura televisiva adscrita al suceso en cuestión desarrollados en los canales 7 (transferido al 13 en los traslapes con el horario de sus programas habituales de noticias) y 9 de las empresas Azteca y Televisa, respectivamente, durante el lunes y

² No existe la pretensión de llevar a cabo un análisis discursivo del corpus en cuestión. Sólo delinear un relato que destaque las estrategias de puesta en escena para “hacer creer verdad”.

martes;³ y las que en sus horarios habituales hicieran el lunes, el noticiario radiófonico y televisivo del mediodía, *Para empezar*, conducido por Carmen Aristegui, y el nocturno *Blanco y negro* a cargo de Javier Solórzano y la misma Aristegui, ambos del Canal MAS de señal restringida perteneciente a la empresa Multivisión. Estos últimos más como control de la onda expansiva de histeria que para dar cuenta de sus puesta en escena y comentarios.⁴

El equipo *Fuerza Informativa Azteca*, que sostiene los diferentes telediarios de los canales 7 y 13, fue responsable del conjunto de la cobertura especial del suceso seguido “segundo a segundo”, y de sus ulteriores consecuencias. Diferentes conductores y reporteros se hicieron cargo de los segmentos especiales, así como de reportear y ser a su vez reporteados, aunque el conductor de *Hechos de la noche*, Javier Alatorre, fungió como el maestro de ceremonia principal, después de aproximadamente la primera hora de transmisión del mediodía del lunes.

Todos los telediarios de dicha empresa, sea quien fuere su conductor, están marcados por las características más sobresalientes de los llamados *talk show* o *reality show*, disfrazados de noticias, ya que éstas no fueron exclusivas del ya desaparecido y pionero de producción nacional *Ciudad desnuda!* Por su parte, la cobertura del Canal 9 de Televisa se llevó a cabo según modelo y título de su propio *reality show*, *Duro y directo* (en más de un sentido heredero del que acabamos de mencionar). Sin embargo, Jacobo Zabłudovsky encabezó el equipo de comentaristas durante la tarde del lunes, lo cual no deja de ser significativo: por un lado, por su acendrado partidismo priísta; por otro, porque vuelve a estar en pantalla ese rostro serio y admonitorio que contrasta con los estilos de conducción a la moda.

³ Estos eran los canales que recorrí en ambos días, sin embargo, cada empresa ocupó contemporáneamente dos de sus señales para el mismo evento: Televisa lo transmitió por el 2 y el 9; Televisión Azteca por los dos que maneja, el 7 y el 13.

⁴ En lo substantivo del relato retomo los elementos que utilicé en una conferencia comprometida para el miércoles 9 de junio y que, dado los acontecimientos decidí focalizar en el suceso y cobertura en cuestión. Por casualidad había sintonizado la televisión el mediodía del lunes y, dada la sorpresa, hacer *zapping* de uno a otro de los canales mencionados fue la tónica por el resto del día. Algo similar, aunque con menor intensidad, hice al día siguiente. Esto significa que en mi visión de los diferentes canales hubo lagunas considerables, excepto por lo que concierne al noticiario *Blanco y negro*. En este texto se hará alusión principalmente a lo visto y oído por el autor; sólo algún pasaje de especial relevancia que se haya perdido en el *zapping* será recuperado de los comentarios de los asistentes a la conferencia o de artículos periodísticos.

Así entonces, el lunes al mediodía de manera unánime—casi inmediatamente después de ocurrido el asesinato— no tardaron en aparecer en pantalla, en los canales 7 y 9 de ambas empresas (en retransmisión con el 13 y 2 respectivamente), no sólo los pocos detalles del suceso que se conocían sino cuanta opinión era posible recabar: de entre sus propios reporteros; de periodistas, próximos al quehacer informativo de la radio y la televisión de las respectivas empresas; familiares de la víctima; así como gente común, por diversas razones cercana al lugar de los hechos— a quienes capturaban las cámaras y se acercaban micrófonos.

Solicitados para dar su opinión, la mayoría—haciendo gala de diferentes grados de histeria— se sumaba a las imprecaciones de los conductores respectivos para reclamar, por un lado, seguridad en la ciudad y, por otro, justicia: *instaurar la pena de muerte* (¡...!) pareció ser la solución mágica que acabaría con estos problemas; “pedir la cabeza”, es decir, la renuncia de Cuauhtémoc Cárdenas fue la otra. Reporteros y periodistas de prestigio se sumaban a tales reclamos de los conductores. Con extraña celeridad, también apareció un cartel en toma cerrada de aparente factura casera que exigía la renuncia del jefe de Gobierno del Distrito Federal (esta imagen las pudimos ver sólo en la cobertura de Televisión Azteca de la transmisión del mediodía, como en la nocturna, varias veces repetida). Todos los mecanismos para “hacer creer verdad” estaban en marcha.

Para empezar, conducido por Carmen Aristegui, ocupó prácticamente todo su espacio informativo habitual al suceso. Carmen—habitualmente verborreica e impulsiva pero que, con todo, trata de equilibrar los pesos políticos de la información que presenta— estaba fuera de sí, tanto como sus entrevistados vía telefónica. Compartía con los responsables de la información de TV Azteca y de Televisa, histeria semejante y reclamos de justicia, seguridad y pedidos semejantes de renunciaciones, a manera de eco de sus propios entrevistados, también figuras destacadas o no de los medios electrónicos.

En las transmisiones vespertinas del mismo lunes, *Duro y directo* de Televisa privilegió, con tónica semejante, la emisión desde sus estudios, aunque sin que faltaran las de exteriores; Azteca en tanto se apropió de exteriores, situando el centro de su transmisión en el local de la empresa de velatorio. Desde allí coordinaron lo grabado durante la tarde y se difundía al mismo tiempo lo que ocurría, tanto en el interior como en las inmediaciones del lugar mencionado. Quienes entraban o salían trataban

de ser abordados; se presentaba desde el aire la vista de las personas que se habían reunido; micrófono y cámaras se acercaban a esas personas para que hicieran de viva voz sus manifestaciones de dolor y extendieran sus reclamos de justicia! El helicóptero no sólo ofrecía vistas de dicho lugar, sino que nos conducía a otro remoto lugar de la ciudad, donde supuestamente se hallaba en atención uno de los asesinos; menudearon asimismo las vistas desde el interior del aparato, para dar así a Pablo Latapí, el escenario realista a su voz.

Hechos de la noche (22:00 hrs., Canal 13, Azteca), con la conducción habitual de Javier Alatorre, ocupa todo el espacio al suceso con tónica semejante a la prensa durante la tarde. Se repiten fragmentos, aparecen los mismos y nuevos entrevistados. Sin embargo, ahora destaca la intervención del propio presidente del corporativo: Ricardo Salinas Pliego. Éste apareció en *close up* en varias ocasiones y sus palabras lejos estuvieron de toda mesura. Conviene señalar que, a pesar de la información correcta que él sí debía tener a esas alturas, no dudó en trasladar el encono (¿supuesto?, ¿verdadero?) no sólo respecto de Cárdenas “si no puede que renuncie”, sino a todo el sistema de instituciones del país.⁵

En *Blanco y Negro* (también de las 22 hrs., Canal MAS, Multivisión) —que conduce Javier Solórzano y con quien colabora la misma Carmen— el tono y las valoraciones dieron un giro notable, tanto respecto de los otros canales como de la emisión del mediodía conducida por C. Aristegui; si bien se modificó la programación establecida de modo que el informativo se ocupó en exclusiva de ese asunto. Con todo, ambos conductores se veían más de una vez en apuros —sobre todo Carmen— porque se les mezclaban los juicios e interpretaciones ya formados que se habían venido repitiendo, con la voluntad de sopesar y no aventurar juicios infundados. Varios fueron sus entrevistados esa noche. No sólo conviene notar la presencia de analistas políticos serios que dieron una nota diferente, sino la nada desdeñable del decano de la TV informativa: Jacobo Zabłudovsky. Éste señaló un cambio notable en su propia apreciación de los hechos.

⁵ Transcribimos una parte de sus dichos: “¿Dónde está la autoridad? ¿Para qué pagamos impuestos? ¿Para qué tenemos elecciones? ¿Para qué tenemos tres Poderes? ¿Para qué tanto gobierno cuando no hay autoridad? En esta ciudad, como en muchas otras ciudades de México, la impunidad, la ineptitud de la autoridad, y también la indiferencia de los ciudadanos, ya llegó al límite” (Proceso, n. 1180, 13 de junio de 1999, p. 19).

Mientras que sus juicios ofrecidos por la tarde para su antigua empresa –Televisa– habían sido lapidarios respecto de la falta de seguridad y la responsabilidad en ello de las autoridades del DF, sus declaraciones de la noche en *Blanco y Negro*, solicitaban mesura, esperar los resultados de las indagatorias, etcétera.

En lo personal había percibido en las diferentes emisiones y declaraciones de la tarde una especie de crescendo que muy fácilmente podría convertirse en factor de *desestabilización política*, que trascendía al gobierno local de oposición. Ignoro si hubo o no llamada de la Secretaría de Gobernación a las empresas o a algunos periodistas televisivos connotados. Lo cierto es que Jacobo Zabludovsky, como acabo de mencionar, cambió de modo notable en esta intervención suya en *Blanco y Negro*. También, según me contaron, Raúl Velazco, entrevistado en *Hechos de la noche* (Canal 13) se distinguió de la tónica general impresa por TV Azteca. En primer lugar, indicó no estar de acuerdo con la pena de muerte, por razones personales de orden moral; en segundo, tampoco con la interpretación de que este asesinato hubiera sido un problema de seguridad pública. Más adelante volveremos sobre estas cuestiones en relación, por un lado, con los filtros de selección de la información massmediática, y por otro, según un criterio, que considero más amplio y relevante, el de las intencionalidades.

El martes, *Fuerza informativa Azteca* dedicó una parte considerable de su emisión nocturna al sepelio que había tenido lugar por la tarde. Así de nueva cuenta se renovaron las expresiones sentimiento e indignación por la supuesta injusticia de los fieles del personaje, tanto de viva voz como con multitud de cartelitos. Sin embargo, lo que resulta por demás significativo, entre otras cuestiones, fue *la omisión* del informe de la Procuraduría de Justicia capitalina –así como el día anterior se habían omitido o mejor dicho tergiversado los primeros avances al respecto (por ejemplo, las características de ajusticiamiento que el asesinato revestía, que excedía, por tanto, cualquier previsión en torno a seguridad). Por otra parte, regresaban también a la pantalla, de nueva cuenta, los familiares de la víctima y sus compañeros de trabajo del ambiente.

Duro y directo, de la empresa rival, *no omite* el informe de la Procuraduría: aunque presentado de manera fugaz y sin repetirlo como suele ser costumbre, aquél parece confirmar que se tratara de un ajusticiamiento,

además de hacerse del conocimiento público —por las pruebas realizadas— el uso consuetudinario de cocaína de la víctima como también de su ayudante principal. Por otra parte, en ese informe se hace una revelación que tendrá más tarde consecuencias de orden político al comprometer a una Secretaría de Estado: la víctima portaba en sus ropas una credencial de la Secretaría de Gobernación, que lo acreditaba como personal de la misma y lo autorizaba para la portación de armas (permiso que en principio sólo puede otorgar la Secretaría de la Defensa). Para el caso, el informe de la Procuraduría Capitalina reforzaba el primer señalamiento en cuanto a que el asesinado tenía enemigos que le hicieran temer por su vida, posiblemente vinculado con la droga, aunque de paso quedó en maltrecho papel aquella Secretaría. Desde luego, en *Duro y directo* no faltaron las voces que pretendieran desacreditar los dichos del Informe de la Procuraduría capitalina, especialmente en la voz del hijo de Francisco Stanley, entrevistado telefónicamente.

Aunque en las emisiones del mediodía del lunes no pude prestar atención al hecho de si incorporaban o no inserciones de *stock* de fragmentos de programas del propio Stanley, no me pasaron desapercibidas por lo frecuentes y reiteradas en ambos canales tanto durante la noche del lunes como en las emisiones del martes. Con independencia de que cada empresa haya hecho uso de material de *stock* propio —en un caso ya antiguo en el otro reciente—, es importante destacarlos en la medida en que servían para reforzar el aspecto emotivo y actualizar temporalmente, por la magia del ver televisivo, la presencia de Paco Stanley. No es ajeno a este procedimiento, el fenómeno más vasto de la intertextualidad televisiva que obra a la manera de una “reproducción cancerígena de su propio discurso” (González Requena, 1988).

Intencionalidades y producción de significados sociales

Hemos dado quizá una descripción en exceso minuciosa —aunque no haya sido completa— que no se justificaría si no pretendiéramos con ella abarcar un fenómeno que excede desde luego los límites de la cobertura de este asesinato y ¿por qué no? el de la TV misma. Si pretendemos poner de relieve la función e incidencia de la televisión, hay que ir más allá de

considerarla un mero instrumento de circulación publicitaria de la política y los políticos. En su conjunto con las secuelas de efectos, es donde se juega el cambio de episteme del presente, de modo que resulta ser el escaparate de la vulnerabilidad de la cultura política.

Dar cuenta de las innumerables reacciones en cadena que suscitó la información televisiva de los días referidos cuanto de los que siguieron por los mismos medios u otros, como del aparato gubernamental, de partidos políticos, agrupaciones sociales diversas, etcétera, es imposible. Invito al lector a recordar lo que pensó o externó, si el mediodía del lunes y todavía el martes sintonizaron la radio o los canales mencionados.

Por lo general, tenemos la tendencia de creer que sólo las personas con escaso bagaje cultural y educativo son influidas por la mediación videotecnológica. Sin embargo, hay ejemplos sin cuento que indican que al respecto no funcionan esas discriminaciones. Así, por ejemplo, un estudiante de doctorado al que atendiera en asesoría la mañana del miércoles me comentó: “Lo primero que pensé, sí..., ‘Cárdenas tiene que renunciar’”.

¿Cuántas personas sensibles y honorables de entre los televidentes habrá habido, además, que hayan pensado en la necesidad de imponer la pena de muerte, o de manejar la ciudad, quizá, con los escuadrones de la muerte estilo Brasil? Desde luego no como resultado de esta cobertura particular, sino del conjunto de múltiples entradas de visualización de violencia aparentemente incontrolada, donde los territorios de la realidad y la ficción han diluído sus fronteras.

En este nivel tenemos que tocar el problema de las intencionalidades como productoras de sentido y de interpretaciones, y que atañe a la actividad intencional de la conciencia, actividad que no reviste sólo características voluntarias y conscientes sino también no conscientes. Ambas operan tanto entre los comunicadores como filtros de selección, producción y tratamiento de la información como entre los sujetos receptores que interpretan, puesto que ambos están situados en el mundo cultural e histórico. Mundo, hoy, en proceso de certificar como válido todo lo susceptible de ser visualizado.

¿De qué otro modo podemos explicar, por ejemplo, que Carmen Aristegui en su programa informativo del mediodía *Para empezar*, y luego en la noche *Blanco y Negro* con Javier Solórzano hayan dedicado en

completo su espacio al suceso referido? ¿Por qué no fue agregado como una información secundaria, añadida a lo ya planificado, si en definitiva las exageradas dimensiones del hecho se debían sobre todo a la construcción televisiva del acontecimiento de las grandes empresas y sus particulares intereses? ¿Por qué, en suma, si ambos en diferentes ocasiones han declarado tener una concepción diferente de la noticia?

Si bien es cierto que los dos consorcios sostuvieron una intencionalidad voluntaria y consciente de persuasión en la línea y modalidad informativa que han adoptado y justificado en función del *rating*, ¿cómo no percibieron que se estaban extralimitando? No alcanzaba reclamar la renuncia del jefe electo del gobierno del Distrito Federal, o pedir la implantación de la pena de muerte, sino que con la exaltación de su papel de justicieros se fomentaba un clima de desestabilización política que en nada favorecía al conjunto del aparato gubernamental. No en vano, pocos días después Televisa quita del aire su *reality show* “Duro y directo”.

Desde otro ámbito de quehacer e interés, tengo una anécdota que juzgo interesante desde el punto de vista de la producción de sentidos no conscientes, influida por la atmósfera de la sociedad informatizada. Hace algunos meses formé parte de un jurado para dictaminar trabajos académicos propuestos para publicación. Uno de ellos presentaba los resultados de dos encuestas levantadas tiempo atrás: la primera, realizada poco antes de las elecciones en el DF y la segunda cumplidos los cien días de administración del gobierno electo. No entraré aquí en detalles, sólo diré que, en líneas generales, el enfoque de las encuestas era metodológicamente correcto, así como los cuadros comparativos resultantes. Sin embargo, en las conclusiones se pretendió explicar el mínimo descenso de la popularidad del gobierno en cuestión que la segunda encuesta mostraba, porque “es evidente el mal gobierno de los cien días de la administración cardenista”. Los investigadores juzgaban una administración *que no habían estudiado* y hacían suya la percepción subjetiva manifestada en la encuesta. Y, dicho sea de paso, lo que prensa, TV y radio en general habían reiterado durante noventa y nueve días.

Jaime Avilés, en su columna sabatina del 5 de junio pasado —a propósito de la huelga estudiantil de la UNAM y la saña persecutoria de que han sido objeto en casi todos los medios informativos, más la valoración de verdad atribuida a las encuestas— señala: “pero al mismo tiempo, el amplio

abanico de ‘líderes de opinión’ vinculados ideológica y económicamente a los Pinos, ha aprovechado para bombardear al gobierno de Cuauhtémoc Cárdenas con la implacable ferocidad con que la OTAN ha destruido casi todos los techos de Kosovo y de Serbia. Y, dicen con orgullo los que cobran por esto [...] ‘se está reflejando en las encuestas’” (*La Jornada*, 5 de junio de 1999:4).

Resumiendo. Un académico extrae conclusiones no académicas en aras de dar una “interpretación” al fenómeno que estudia; los noticiarios televisivos *Para empezar* y *Blanco y negro* dedican todo su espacio del lunes a una información de segundo orden y, en el de la noche, Carmen y hasta el propio Javier muestran dificultades para deslindar la paja de una interpretación más equilibrada; el sagaz señalamiento de Jaime Avilés muestra la conexión entre ciertos resultados de encuestas, de las cuales se pavonean ciertos comunicadores, con las campañas de deslegitimación del gobierno de Cárdenas que sobre todo en los espacios televisivos, entre otros, se desgranán día con día; el periodista de prensa escrita, quien en la tarde o noche del lunes escribe su columna –y la envía quizá por correo electrónico a su periódico–, cargada con los juicios de valor deslegitimantes y la histeria de que hicieron gala las coberturas televisivas principales. Pero luego confiesa que, después de leer en su mismo periódico otra interpretación, se da cuenta de su error de apreciación y, consecuente con su honestidad, envía al día siguiente otra colaboración, donde pide disculpas.⁶

¿Cuál es la atmósfera socio-cultural que actúa de manera tan decisiva sobre la conciencia intencional –voluntaria como principalmente no voluntaria–, es decir sobre el tejido de vivencias al poblarlos de significaciones de fuera, ajenos. Esa atmósfera parece ser la de la informática y la electrónica, sintetizadas “democráticamente” en el televisor.

Sociedad heterónoma: ¿sociedad teledirigida?

Ante esto, y a propósito de la formación de opinión pública como motor de la vida y la cultura políticas, no cabe menos que recordar la tesis de Giovanni Sartori cuando atribuye al televisor la cualidad de “empobrecer

⁶ Nos referimos a Fidel Samaniego, colaborador de *La Crónica de hoy*, con la columna “Carrusel”, días 8 y 9 de junio.

el aparato cognoscitivo del *homo sapiens*”, en la medida en que con su parafernalia tecnológica “entra dentro del televidente y lo plasma” (1998: 17), operando así su transformación en *homo videns*.

La punta del iceberg de la moderna civilización de la imagen la constituye ciertamente el televisor con sus diferentes formas de uso, de sistemas de difusión y de acoplamiento con tecnologías digitales. Por tanto, resulta legítimo subsumir en el concepto de *tele-ver*, el fenómeno que se extiende en las sociedades contemporáneas como síntoma y signo de un cambio de episteme (amén de otros): por un lado, acreditación de real a lo que es susceptible de ser visualizado y por consiguiente de ser visto; por otro, asimilación entre información y conocimiento.

Frente a posiciones semejantes que, por lo general, adquieren un tono bastante pesimista, se erigen otras que exploran desde los mismos u otros puntos de vista las contribuciones de las NTIC como las de la misma televisión. La sociedad está mejor informada que en el pasado y, por consiguiente más capacitada para la toma de decisiones; los mecanismos de interactividad no sólo se han mejorado sino se han incrementado; se afianzan nuevos modelos identitarios no sólo globales sino locales, etcétera.

Sin entrar a discutir estos puntos de vista —sin duda interesantes en la medida en que, con una debida contextualización y despojados del tinte mesiánico que con frecuencia asumen, podrían matizar a su vez los anteriores—, me limitaré a destacar, dado el tema que nos ocupa, cierta opinión de Manuel Castells, intelectual catalán radicado en los Estados Unidos, con acciones “al alza” en nuestro medio, a raíz de la reciente aparición en español de los tres volúmenes de su libro *La era de la información. Economía sociedad y cultura* (1999). Castells sostuvo en una entrevista aparecida en la revista electrónica *Enredando* (cuando todavía no había aparecido en español el texto antes citado): “la izquierda tiene una actitud retrógrada respecto de las tecnologías de la información” (cit. por Anibal Ford, 1999).

Esta es una de las razones por las cuales he preferido poner de manifiesto la tesis de G. Sartori de su libro *Homo videns. La sociedad teledirigida* (1998), no sólo por tratarse de un politólogo de entre los más respetables, sino por ser insospechable de izquierdismo. Claro está que no faltan voces que, no pudiendo acudir a esa descalificación, acudan a otras, tales como las de orden generacional (puesto que es viejo...), u objeciones en cuanto al “método científico” porque no corrobora sus hipótesis con datos duros

—como, por ejemplo las manifestadas por Sergio Sarmiento (ligado laboral e ideológicamente a la empresa Televisión Azteca), en ocasión de la presentación mexicana del texto de aquél.

En el horizonte del cambio de episteme que, para sintetizar llamaremos con Sartori, el pasaje del *homo sapiens* al *homo videns*, el tele-ver —fenómeno más amplio que el de la televisión misma— da lugar a la transformación de las sociedades democráticas en sociedades heterónomas. Como otros estudiosos también han señalado, como C. Castoriadis (1997), la afirmación en el mundo contemporáneo de la heteronomía en detrimento de la autonomía no sólo implica pérdida de pensamiento crítico y reflexivo, sino con ella la aceptación no consciente de la “razón”, de la “ley” impuestas desde fuera, desde otros, así se trate de entes impersonales y sin rostro, puesto que las imágenes son únicamente fantasmas.

Bibliografía

- Aponte, Rosa María, “La trayectoria profesional de Jacobo Zabłudovsky (1950-1988)”, en *Argumentos, Estudios críticos de la sociedad*, n. 22, UAM-Xochimilco, 1995.
- Baggaley, J.P./Duck, S.W., *Análisis del mensaje televisivo*, Gustavo Gili, Barcelona, 1982.
- Benavides Ledesma J. L. y Quintero Herrera, C., *Escribir en prensa. Redacción informativa e interpretativa*, Alhambra Mexicana, México, 1997.
- Castells, Manuel, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, (3 Vol.), Siglo XXI, México, 1999.
- Castoriadis, Cornelius, *El Avance de la insignificancia*, Eudeba, Edit. Universitaria de Buenos Aires, Argentina, 1997.
- Charaudeau, Patrick y Ghiglione, R., *La parole confisquée. Un genre télévisuel: le talk show*, Dunod, Paris, 1997.
- Ford, Anibal, *La marca de la Bestia. Identificación, desigualdades e infotretentimiento en la sociedad contemporánea*. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 1999.
- González Requena, Jesús, *El discurso televisivo: espectáculo de la posmodernidad*, Cátedra, Madrid, 1988.
- Martín Barbero, Jesús, *De los medios a las mediaciones*, Gustavo Gili, México, 1987.

Poloniato, Alicia, "El *talk show* en la construcción del 'ser moderno', en *Versión, Estudios de Comunicación y Política*, n. 7, UAM-Xochimilco, 1997.

——, "Programa Análisis del Debate. Sus estrategias de persuasión política", en *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, n. 23, UAM-Xochimilco, México, 1995.

Sartori, Giovanni, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Taurus, Madrid, 1998.